

## La tentación amable

Félix Maraña

*El Diario Vasco*, 2004-10-05: 74.

Una de las cualidades más sobresalientes del amigo Martín de Ugalde era su tentación amable, su inclinación por el entendimiento. Quería resaltar ahora esta condición de bonhomía, máxime si tenemos en cuenta que, por diversas razones, o surcos de la vida, Martín de Ugalde tuvo tres profesiones –el periodismo, la literatura y la política–, cuyo ejercicio no suele alentar precisamente el entendimiento, cuando no la exclusión. Deberían, pero uno puede asegurarles que son tres tareas que fracturan, más que vertebran, no sólo la sociedad en su conjunto, sino la vida particular de los ciudadanos concretos. Y es que Martín tenía esa visión universal del entendimiento y la comprensión, que sabía ver las cosas buenas en los demás, con independencia de su condición. No es de extrañar por eso que sufriera más de un dolor de cabeza en sus relaciones públicas. Esos comportamientos, sobre todo de la política, le quebraban muchos sentimientos al bueno de Martín. Por eso no extraña su confesión: "Siempre he sido un hombre más universal que las gentes de partido".

Pudiera contar algunas actitudes concretas de este escritor vocacional hasta la pasión, pero una puede ayudarnos a entender su sentido del servicio a los demás y el compromiso. Cuando el escritor Carlos Aurtenetxe recibió el premio de poesía Alonso de Ercilla, que otorgaba el Gobierno Vasco en los primeros años ochenta, Ugalde tenía en la Consejería de Cultura un cargo de cierta responsabilidad. No acertaba el escritor galardonado a entender –y todavía no se explica– por qué aquel libro era y habría de ser el único premio de poesía del Gobierno Vasco que no se podía publicar. Y no se publicó. El incidente sirvió al menos para que Ugalde pusiera en marcha, con decisión, coraje y sentido común, todas las gestiones para que esa edición se llevara a puerto. Hay pruebas documentales que acreditan el buen hacer de nuestro amigo ahora fallecido. Fue tal el disgusto que su no resolución le causó al escritor de Andoain que el incidente le animó a dejar aquel cargo y volver al periodismo.

Este espíritu de entrega no era en Martín más que una actitud de su gentileza, de su idea de servicio. Posiblemente fue ésta, sin duda, la que llevó a participar en el Gobierno Vasco en el exilio, a dirigir la revista oficial *Euzkadi*, y a aceptar un cargo en el Gobierno de la Autonomía, tras el exilio. En las vísperas de éste, Martín hubo de refugiarse en el Norte del País, perseguido por causa de sus ideas. Pero sería esa misma voluntad de servicio la que le llevó a escribir, en ese periodo todos estos libros: *Hablando con los vascos* (1974), *Hablando con Chillida, escultor vasco* (1975) y su *Síntesis de la historia del País Vasco* (1974).

Aunque hay una prueba mayor de ese sentido del servicio a su tiempo y a su comunidad. Cuando viene Martín del exilio, percibe con cierto asombro que no existe una Historia del País Vasco mínimamente presentable. Algo que homologara lo que se entiende por

historia, a pesar de la censura. El se puso manos a la obra, pidiendo excusas por no ser historiador –otros lo son y no saben excusarse– y preparó los seis volúmenes de Historia que publicó Planeta. Supo Ugalde rodearse aquí en algunos casos de excelentes colaboradores, otra manera de expresar su sentido comunitario. Muchos han criticado esa historia, a toro pasado. Había que haber hecho otras antes, para poder objetarle en lo principal a Martín de Ugalde.

Cuando el jurado del prestigiado y prestigioso Premio Sésamo de narrativa, abrió la plica que notificaba el nombre del ganador de la edición de 1962, el autor del relato del hermoso discurso literario *Los brazos largos de la niebla*, pensaron que el mismo no era sino un criollo con ganas de aventura en la metrópoli, pero se trataba de nuestro Martín de Ugalde. Ugalde era un escrito que se iniciaba en estas tareas, habiéndose formado en el periodismo en Venezuela, circunstancias todas que abonan una biografía, una más, rota por el gran tajo de la guerra civil, que le obligó a emigrar para poder vivir, en 1947. Dos vascos ganaron el premio Sésamo de novela en muy breve trecho: Martín de Ugalde (1962) y Pablo Antoñana 1961, con *No estamos solos*. Un tercero, José María Mendiola, recibió en dos ocasiones el premio de relatos en esos mismos años. Estaban separados por un mar y una circunstancia imponderable. Pero todos ellos forman parte de la mejor pretensión literaria del País Vasco de los años sesenta.

Hay dos notas que quiero resaltar por fin de mi relación con Martín de Ugalde: una, la manera afectiva con que, en el saludo, se disponía siempre al abrazo sin reparo, con decisión, sentimiento, autenticidad. Otra, la forma en que entronizó en su despacho de escritor –si no es por la guerra, no hubiera sido otra cosa, a buen seguro– sendos retratos de Baroja y Unamuno. En un reciente homenaje que se le tributó en el Palacio de Miramar, al comentar esta forma de considerar siempre Ugalde a sus conciudadanos, tuviera o no con ellos mayor o menor relación o amistad, le dije a uno de sus correligionarios: qué pena que los abrazos de Martín de Ugalde no impriman –en los demás– carácter. Goian bego.